clillas y tomo impulso; pronuncio la evocación con voz clara y sostenida; y, aumentando la sonoridad, llamo, por tres veces y en muy breves intervalos, a *Belcebú*.

Un escalofrío corrió por todas mis venas, y se me erizaron los pelos de la cabeza.

No bien hube acabado, cuando frente a mí, a la altura de la bóveda, se abrió una ventana de dos postigos: un chorro de luz más deslumbrante que la claror diurna se desborda por esa abertura; asoma a la ventana una cabeza de camello horrible, tanto por su grosor como por su forma; tenía además unas orejas desmesuradas. El repugnante espectro abre la boca y, en un tono que casaba con el resto de la aparición, me responde: *Che vuoi?*

Todas las bóvedas, todas las cuevas de los alrededores retumban a cual mejor por efecto del terrible *Che vuoi?*

No sabría describir mi situación; no sabría decir quién respaldó mi valor y me impidió caer desfallecido al presenciar aquella escena, al oír aquel fragor aún más espantoso que retumbaba en mis tímpanos.

Sentí la necesidad de juntar mis fuerzas; un sudor frío amenazaba con disiparlas: procuré concentrarme.

Muy amplia hemos de tener el alma y de una elasticidad prodigiosa; una multitud de sentimientos, de ideas, de reflexiones tocan mi corazón, pasan por mi mente, y dejan su huella todas a la vez.

Se opera la revolución, logro dominar mi terror. Audazmente, clavo la vista en el fantasma.

—¿Y qué pretendes tú, temerario, al manifestarte bajo esa forma repugnante?

Por un momento el espectro se bambolea:

—Me mandaste llamar —dice en voz más baja.

—¿Acaso el esclavo —le digo— intenta asustar a su amo? Si acudes para recibir mis órdenes, toma una forma adecuada y un tono sumiso.

—Amo —me dijo el fantasma—, ¿bajo qué forma me presentaré para serte agradable?

Como lo primero que se me ocurrió fue un perro, dije:

—Ven en foma de perdiguero.

No había hecho más que dar la orden, cuando el terrorífico camello estira su cuello de dieciséis pies de largo, baja la cabeza hasta la mitad del salón y vomita un perdiguero blanco de pelaje fino y brillante, con las orejas que le caían hasta el suelo.

Se cerró la ventana, toda visión desapareció, y bajo la bóveda, iluminada de sobras, sólo quedan el perro y yo.

Daba vueltas en torno al círculo moviendo la cola y haciendo escarceos.

—Amo —me dice—, me gustaría lamerte los pies; pero ese terrible círculo que te rodea me lo impide.